



## Antonio Ordóñez, jesuita (Baena, 1974 – Barcelona, 2021)

ALEJANDRO LABAJOS, sj

Era con la amistad  
—vívada con verdad y no  
como estrategia— como  
anunciaba con su vida  
al Señor

En Loyola hay una famosa colección de cuadros que representan a jesuitas misioneros enviados a todas partes del mundo. Su particularidad es que cada jesuita va ataviado con el traje propio del lugar de misión. No se trata de una expresión folklórica, sino que es una manifestación del deseo de entrar hasta el fondo en la vida de las gentes y de los pueblos, algo muy propio del carisma de la Compañía de Jesús.

Antonio fue un poco como todos aquellos cuadros juntos. Tenía múltiples intereses que le llevaron a endosarse con pasión los trajes más variados y con ellos expresaba su particular forma de apostolado.

Antonio era *scout*, maestro, cofrade, hombre de su pueblo y su familia, *runner*, esquiador, teólogo, bioético, educador de jóvenes en riesgo de exclusión social, acompañante espiritual, presbítero, pastoralista, monitor, jugador de rol, hasta barcelonés de toda la vida sin dejar de ser de Baena... Y todo era capaz de vivirlo inagotablemente con una pasión desbordante, multifacética expresión de su modo totalmente personal de experimentar la vocación. Era un entusiasta de la vocación a la Compañía y lo expresaba con todo su ser, también con su talante orante y su preferencia por los pobres y los jóvenes.

Podríamos enumerar las múltiples actividades que llevó a cabo Antonio por los lugares por los que pasó en su vida de jesuita (Sevilla, Madrid, Úbeda, Roma, El Puerto de Santa María, su amada y añorada Tierra Santa o Barcelona). Pero era sobre todo un apóstol de la amistad. Allí por donde pasaba, establecía lazos de amistad que han permanecido hasta el final. Era con la amistad —vívada con verdad y no como estrategia— como anunciaba con su vida al Señor.

Muchos de nosotros podemos decir que en él hemos tenido sobre todo a un amigo. Y por eso se nos hace difícil su marcha. En su manera de ser amigo, Antonio encarna lo que significa la muerte de aquellos que nos han amado. Y cuando caemos en la cuenta de ello, brota la gratitud y también la incapacidad de callarlo o guardarlo solo para nosotros: porque sabernos queridos despierta en nosotros nuestra mejor capacidad de amar. Antonio ha sido capaz de hacer brillar a través de la amistad lo mejor de cada uno. Se puede decir de él aquello que Hugo Rahner señaló de san Ignacio: «En verdad el corazón desbordante de Ignacio encontró eco en el de sus amigos; si no se hiciese mención de estas amistades, desfiguraríamos el retrato de nuestro santo.» O aquello que Josep Rambla, último acompañante espiritual de Antonio, señaló en una ocasión a propósito de san Pedro Fabro: «La amistad era la base de su apostolado: su amistad era apostólica y su apostolado, amistad.» Para él los amigos eran eso: un regalo de Dios. No es casual que Antonio llamase a Cristo en uno de sus poemas «El Señor de mis amigos».